

REG

3/2023 (5) NOVIEMBRE-DICIEMBRE

ISSN electrónico: 2697-0511

REVISTA
DE ESTUDIOS
GLOBALES
ANÁLISIS HISTÓRICO
Y CAMBIO SOCIAL

SUMARIO

PRESENTACIÓN

MANUEL NÚÑEZ	Capital ficticio y digitalización	7
--------------	-----------------------------------	---

DOSIER

SHIMSHON BICHLER JONATHAN NITZAN	The Mismatch Thesis. Fiction and Reality in the Accumulation of Capital	13
-------------------------------------	--	----

MAKAROV EGOR	A Sociology of Central Bank Digital Currencies: Digital Ruble, Trust, and Financialization of the Social Life (on the Example of Russian Small Entrepreneurs)	41
--------------	--	----

MANUEL NÚÑEZ	El particular momento del dominio por el capital ficticio	63
--------------	--	----

JOHN MICHAEL ROBERTS	Digital Technology, Work, Finance and Crises: Do We Now Live in Lash and Urry's Capitalism of Mobilities or in Ernest Mandel's Late Capitalism?	133
----------------------	--	-----

MALFRED GERIG	Cartografías de la metástasis: mapas cognitivos, financiarización y la disputa hegemónica sino-estadounidense	161
---------------	---	-----

ESTUDIOS

SINIŠA MALEŠEVIĆ	Guerra y Cambio Social	191
------------------	------------------------	-----

Cartografías de la metástasis: mapas cognitivos, financiarización y la disputa hegemónica sino-estadounidense

Malfred Gerig

Sociólogo venezolano

Resumen: Este artículo se plantea construir un mapeo cognitivo para lo que denominamos la era de la metástasis, esto es, el periodo de crisis/disputa de la hegemonía estadounidense sobre el sistema-mundo moderno. La tesis cardinal de la investigación es que la financiarización desató procesos históricos y fuerzas sociales que ocasionaron tanto la configuración de nuevas relaciones de poder geopolíticas, como que el sistema interestatal cruzara el umbral del antagonismo. En un arco temporal que va desde la década de 1970 donde la contrarrevolución monetarista y la financiarización se aplicó como solución a la crisis de sobreacumulación, hasta la Gran Recesión a partir de la cual la simbiosis sino-estadounidense llegó a un punto de inflexión, interpretamos desde la teoría social clásica —Marx, Weber, Braudel—, junto a la economía política de sistemas-mundo y el marxismo contemporáneo —Arrighi, Wallerstein, Harvey, Anderson— a la financiarización como el proceso determinante en el siglo XXI para el destino del capitalismo histórico, el cual se enfrenta a un triple proceso de desacoplamiento, recentramiento y reorientación.

Palabras claves: Financiarización; Economía política global; Geopolítica; Estados Unidos; China; Contrarrevolución monetarista.

Cartography of the Metastasis: cognitive maps, financialization and hegemonic Sino-american dispute

Abstract: This article poses to build a cognitive mapping for what we denominate the metastasis era, which is the period of crisis/dispute of the American hegemony over the modern world-system. The cardinal thesis of the research is that financialization unleashed historical processes and social forces that caused both the configuration of new geopolitical power relations and that the interstate system to cross the antagonism threshold. In a span of time that goes from the 1970s, when the monetarist counterrevolution and financialization were applied as a solution to the overaccumulation crisis, to the Great Recession from which the Sino-American symbiosis reached a turning point, we interpret from classical social theory —Marx, Weber, Braudel—, along with the political economy of world-systems and contemporary Marxism —Arrighi, Wallerstein, Harvey, Anderson—to financialization as the de-

termining process in the 21st century for the fate of the historical capitalism, which faces a triple process of decoupling, recentering and reorientation.

Keywords: Financialization; Global Political Economy; Geopolitics; United States; China; Monetarist Counterrevolution.

Introducción: mapas cognitivos para una era de la metástasis

¿Es pensable una época determinada por la esquizofrenia? En su clásico *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Fredric Jameson acudió -en un sentido descriptivo y no clínico- al concepto lacaniano de esquizofrenia para caracterizar a la posmodernidad, o época en la que se produce una *ruptura en la cadena de sentido* que reduce la *praxis* vital «a una serie de meros presentes carentes de toda relación en el tiempo» (Jameson, 1991:64). La esquizofrenia se expresa en incapacidad para construir mapas capaces de situar al sujeto con respecto a la totalidad histórico-espacial¹. Para Jameson, siempre a un nivel cultural, la forma de enfrentarse a esta fragmentación es mediante la construcción de *mapas cognitivos*, los cuales permiten «al sujeto individual representarse su situación en relación con la totalidad amplísima y genuinamente irrepresentable...» (Jameson, 1991: 114). *In nuce*, el quid de los mapas cognitivos jamesonianos consiste en hacer cognoscible y representable lo que denominó el «espacio mundial del capital multinacional», para así «arrostrar la posmodernidad en toda su verdad» (Jameson, 1991: 120). Retomando parcialmente la teoría althusseriana de la ideología, Jameson contrapone la conceptualización y el conocimiento de la totalidad histórica a la operación ideológica, la cual consiste en introducir un hiato entre experiencia y conocimiento capaz de representar a la totalidad de la realidad social bajo la forma de una *brecha*².

Dicho esto, ¿podemos contraponer los mapas cognitivos a la «ideología» en la búsqueda de una comprensión, interpretación y crítica holística del moderno sistema-mundo? En esa dirección, la *doxa* contemporánea insiste en equiparar la coyuntura histórica actual, o bien con aquella que Hobsbawm bautizó como la era de las catástrofes donde la Alemania guillermina desafió al orden mundial británico, o bien con la Guerra Fría³. La «brecha» en estas interpretaciones del moderno sistema interestatal reside en la renuncia a di-

1 «La inmediatez de los acontecimientos, el sensacionalismo del espectáculo (político, científico, militar, así como los del entretenimiento) se convierten en la materia con la que está forjada la consciencia» (Harvey, 1998: 72).

2 «Una brecha entre la percepción fenomenológica y una realidad que trasciende todo pensamiento o experiencia individual» (Jameson, 2020).

3 Para dichas posturas véase, por un lado, a Mearsheimer (2001: 4), por el otro, a Ferguson (2021: cap. 11).

lucidar la particularidad histórica de la contemporaneidad, en favor de una *moda nostálgica* (al decir de Jameson) en la que se procura conjurar el retorno de lo reprimido con un degradado eterno retorno de la epopeya «Occidente *versus* el Resto». Para utilizar las palabras de Jameson (1991:59), la consciencia geopolítica occidental «como en la caverna de Platón, proyecta nuestras imágenes mentales de ese pasado en los muros de su prisión».

En un agudo comentario a contrapelo de la sensación de estabilización imperante en Occidente en la década de 2010, Adam Tooze (2019:32) arguyó que «en realidad la crisis no había terminado. A lo que nos enfrentamos no es a una repetición, sino a una mutación y una metástasis». Luego apostilló: «La crisis financiera y económica de 2007-2012 se transformó entre 2013 y 2017 en una crisis política y geopolítica mundial del orden posterior a la guerra fría» (Tooze, 2019: 32). La metáfora que Tooze extrae de la medicina es sutil para ilustrar la fase de crisis/disputa de la hegemonía estadounidense sobre el moderno sistema-mundo. ¿Acaso la característica principal de la crisis de nuestro tiempo no es la capacidad de mutar, propagarse, fragmentarse, cambiar de lugar o crecer en un nuevo foco? A la luz de un par de décadas del siglo XXI, podemos sostener que el tríptico que para Hobsbawm (2011:16) configuró al corto siglo XX, y cuya última parte «fue una nueva era de descomposición, incertidumbre y crisis», se extendió a las postrimerías del *largo siglo XX*, estructurando una *era de la metástasis*. En otras palabras, la era de la metástasis es el periodo análogo del largo siglo XX a la era de las catástrofes para el largo siglo XIX⁴.

Entonces, ¿es pensable en términos de mapas cognitivos, es decir, de procesos dentro de una estructura, una era que se caracteriza —al decir del propio Tooze en una vívida simbolización de la esquizofrenia epocal— porque el poder político «No dice la verdad. No razona. No habla de manera coherente»?⁵ La apuesta de esta investigación es que sí, pero siempre y cuando se busque el anclaje de la «era de la metástasis» en las transformaciones del capital con una perspectiva de totalidad histórico-mundial. En las esclarecedoras palabras de Perry Anderson (2016:71) sobre la pertinencia de los mapas cognitivos: «Una comprensión totalizadora del nuevo capitalismo ilimitado, una teoría adecuada a la escala global de sus conexiones y disyunciones, seguía siendo el proyecto marxista irrenunciable».

4 Utilizamos *metástasis* como metáfora y no como concepto, aludiendo a su etimología griega *μετάστασις*, «cambio de lugar».

5 Continúa Tooze: «El poder parece haberse desvinculado de los valores fundamentales de la razón, la coherencia lógica y las pruebas fehacientes» (Tooze, 2019:33).

El objetivo de este trabajo es construir una cartografía cognitiva mínima para la era de la metástasis, capaz de comprender, interpretar y criticar a la *financiarización* como el anclaje fundamental de las transformaciones del capital en el periodo que va desde la década de 1970 hasta la actualidad⁶. La tesis que guía la investigación es que, medida en el mediano plazo, la expansión financiera desató procesos históricos y fuerzas sociales que ocasionaron tanto la configuración de nuevas relaciones de poder en la *política mundial*, como que el sistema interestatal repase el umbral del antagonismo. La estrategia de investigación acogida es ir al «estrato superior» braudeliano, donde el poseedor del dinero se encuentra con el poseedor del poder político, siguiendo al Estado capitalista líder, Estados Unidos (EE.UU.), para explicar esta «Gran transformación» (Arrighi (1999: 40-41).

Para ello, primero se contraponen las reflexiones de Anderson y Arrighi previas a la Gran Recesión para abordar el conflicto en la política mundial. Segundo, se analiza la década de 1970 para señalar cómo la financiarización, en tanto que respuesta a la crisis de sobreacumulación, se convirtió en el pró-dromo y anclaje de la era. Tercero, se revisita la tesis de Max Weber sobre la lucha por el capital en búsqueda de inversión como fundamento de la dominación interestatal en el contexto de la expansión financiera estadounidense. Cuarto, siguiendo a Marx abordamos la relación entre la deuda pública, el ascenso y caída de las grandes potencias y la dinámica del capitalismo a la luz de la financiarización estadounidense. Luego, desde la teoría del capitalismo de Braudel, cuestionamos la idoneidad del marco «democracia *versus* autoritarismo» para interpretar el recentramiento de la economía política global a Asia oriental. Finalizamos con una reflexión sobre las fuerzas desatadas por la financiarización para el futuro de la primacía de Occidente sobre los asuntos globales. En un arco temporal que va desde la década de 1970 hasta la Gran Recesión, interpretamos a partir de la teoría social clásica y la economía política de sistemas-mundo a la financiarización como un proceso determinante en el siglo XXI para el destino del capitalismo histórico.

6 Siguiendo a Arrighi (2007: 242), podemos definir a la *financiarización* como «la capacidad del capital financiero para conquistar y dominar, al menos durante un tiempo, todas las actividades del mundo de los negocios como respuesta a la sobreacumulación de capital (la acumulación de capital a una escala que desborda los canales normales de inversión)».

1. *Ad portas* de la metástasis: Perry Anderson y Giovanni Arrighi sobre el futuro del sistema interestatal

En un penetrante análisis sobre la constelación geopolítica de principios del siglo XXI realizado en 2007, Perry Anderson señaló que nos encontrábamos ante un equivalente actual del concierto de las potencias que acaeció tras el fin de las Guerras napoleónicas. Para Anderson, la situación del *moderno sistema interestatal europeo devenido global* se caracterizaba por:

grados crecientes de coordinación formal e informal para mantener la estabilidad del orden establecido, acompañados de la tradicional competición para colocarse en posiciones de ventaja dentro de los parámetros del mismo (...) Sin embargo, hay una diferencia considerable entre el Concierto de las potencias después del Congreso de Viena y su homólogo desde la visita de Nixon a China y el Congreso de París. En este caso una única potencia dominante, que ocupa una posición distinta de la de todas las demás, mantiene unido al sistema. En la época de Metternich y Castlereagh no existía una potencia hegemónica comparable a Estados Unidos (...) En este Concierto, cabe esperar que las relaciones interestatales permanezcan por debajo del umbral de antagonismo (...) habida cuenta del entrelazamiento universal de los mercados financieros y de materias primas en una época posnuclear (Anderson, 2008:10-11).

¿Qué tipo y magnitud de acontecimientos posibilitaron la ruptura de la «calma ecuatorial» en el sistema interestatal que avizoró Anderson? ¿Qué dinámicas, y hasta dónde se retrotrae su origen, rompieron con la «Gran Moderación» de la economía política global? A nivel del acontecimiento, la respuesta evidente la encontramos en la Gran Recesión (2008) y el Gran Confinamiento (2020). La magnitud de estas *crisis-acontecimiento* ha sido tal que, para encontrar un comparación acorde a su dimensión histórico-mundial, debemos retrotraernos a la era de las catástrofes iniciada en 1914, y más precisamente a la Gran Depresión (1929)⁷. Mientras que la Gran Depresión aceleró la crisis, bajo la forma de la *catástrofe*, del ciclo sistémico de acumulación británico, a partir de 2008 comenzó, bajo la forma de la *metástasis*, la «crisis terminal» de la fase financiera del ciclo sistémico de acumulación estadounidense⁸.

7 Estas crisis-acontecimiento se convierten en la causa eficiente del siglo: «si no se hubiera producido la crisis económica, no habría existido Hitler, y casi con toda seguridad, tampoco Roosevelt. Además, difícilmente el sistema soviético habría sido considerado como un antagonista económico del capitalismo mundial y una alternativa al mismo (...) El mundo de la segunda mitad del siglo XX es incomprensible sin entender el impacto de esta catástrofe económica» (Hobsbawm, 2011:93).

8 Sobre los ciclos sistémicos de acumulación véase Arrighi (1999).

Ahora bien, no es tanto a nivel del acontecimiento, como a nivel de los procesos histórico-mundiales, donde encontramos los orígenes y dinámica de la actual tendencia de las relaciones interestatales a traspasar el umbral del antagonismo⁹. La clave interpretativa de nuestra coyuntura histórica es la *financiarización* del capital en general, y de la potencia hegemónica estadounidense en particular, originada por la *contrarrevolución monetarista* en tanto que respuesta a la *crisis de sobreacumulación* de capital a escala global de la década de 1970¹⁰. Parafraseando a Max Weber (1987:14), el poder que determina el destino de nuestra vida en la posmodernidad es el capital financiero. Yendo más allá, afirmamos que la magnitud de la financiarización estadounidense generó tales consecuencias histórico-mundiales a mediano plazo, que socavaron la estabilidad del orden mundial establecido tras la disolución de la URSS.

A diferencia de Anderson, para quien la interdependencia creada por los mercados financieros es un argumento a favor de la estabilidad del sistema interestatal nucleado por EE.UU., en 2007 Giovanni Arrighi argumentó que

A corto plazo —entendiendo que, en ese contexto, corto plazo significa décadas más que años—, las expansiones financieras tienden a estabilizar el orden existente, permitiendo a los grupos hegemónicos vigentes descargar sobre los grupos subordinados, a escala nacional e internacional, el peso de la competencia exacerbada que pone en peligro su hegemonía (...) Con el tiempo, no obstante, las expansiones financieras tienden a desestabilizar a través de procesos que son tanto sociales y políticos como económicos. Económicamente, desvían sistemáticamente el poder de compra de la inversión creadora de demandas de mercancías (incluida la fuerza de trabajo) hacia el atesoramiento y la especulación, exacerbando así los problemas de realización. Políticamente, tienden a asociarse con el surgimiento de nuevas configuraciones de poder, que socavan la capacidad del Estado hegemónico vigente para sacar ventaja de la intensificación de la competencia a escala sistémica. Y socialmente, conllevan una masiva redistribución de las recompensas y dislocaciones sociales que provocan movimientos de resistencia y rebelión entre los grupos y capas subordinados cuya forma habitual se ve atacada (Arrighi, 2007:172-173).

9 «El devenir se manifiesta como la verdad del ser, el proceso como la verdad de las cosas» (Lukács, 1969:235).

10 En 1990 David Harvey (1998:220) afirmó que «si nuestro propósito es buscar algo verdaderamente distintivo (entendido como opuesto a la idea del “capitalismo de siempre”) en la situación actual, debemos concentrarnos en los aspectos financieros de la organización capitalista y en el papel del crédito». Tres décadas después, Mazzucato (2019:227) confirmaba esta apreciación: «la financiarización de la economía real representa un fenómeno aún más extraordinario que la expansión del propio sector financiero, y es un acontecimiento social, político y económico central de los tiempos modernos».

Primero, los marcos histórico-comparativos utilizados por Arrighi y Anderson para interpretar la constelación global *ad portas* a la Gran Recesión divergían. Mientras que para Anderson la coyuntura se asemejaba a la época de restauración del Congreso de Viena (1814), para Arrighi el marco histórico propicio para una comparación era el *crac* y la Gran Depresión de 1929. Luego, también es una discrepancia el juicio sobre los efectos geopolíticos de la financiarización de la potencia hegemónica: al tiempo que Arrighi asoció la financiarización estadounidense con la aparición de nuevas configuraciones de poder geopolítico a largo plazo, Anderson asoció la evidente primacía financiera estadounidense a una relación asimétrica entre las grandes potencias que hace incuestionable el control de EE.UU. sobre el puesto de mando de la economía política global. Si partimos de que las consideraciones de ambos pensadores fueron previas a la Gran Recesión, el curso de los acontecimientos parece haber confirmado más las previsiones de Arrighi que las de Anderson. ¿Acaso no resultan clarividentes las siguientes palabras de Arrighi frente a la Gran Recesión?

El éxito de la contrarrevolución monetarista, al transformar la expansión financiera de la década de 1970 en fuerza impulsora de la renovación del poder y la riqueza estadounidense durante las décadas de 1980 y 1990, no garantiza por sí mismo que no se vuelva a producir un colapso sistémico parecido. Por el contrario, la propia escala y alcance de la transformación están exacerbando los problemas de realización en todo el mundo hasta tal punto que una «franca depresión» resulta más que probable (Arrighi, 2007:173).

Vale decir que las reflexiones de Arrighi no son una versión más de las tesis decadentistas al uso, que en muchos casos pretenden asimilar en forma y contenido el hipotético colapso del ciclo sistémico de acumulación estadounidense al de su antecesor británico¹¹. Es justo en ese punto donde las consideraciones de Anderson cobran pertinencia, pese a que éste yerra el blanco al considerar al proceso de financiarización como un contenedor más que un reproductor de los conflictos globales. En su criterio:

En la medida en que sigue detentando la primacía de la economía y los mercados financieros, y contando con la moneda de reserva, las fuerzas

11 Como ha sostenido el propio Anderson (2013:6): «Una característica habitual de los autores de izquierdas es que no se limitan a criticar la hegemonía global de EEUU, sino que están convencidos de que esta ha entrado en un proceso acelerado de decadencia, o incluso en una fase de crisis terminal. Sin embargo, considero que para oponerse radicalmente al imperio americano no es necesario afirmar reiteradamente que su fracaso es inminente o que su poder ha menguado».

armadas, las bases globales, la industria cultural y el lenguaje internacional más poderoso del planeta, Estados Unidos agrupa activos que ningún otro Estado puede aspirar a equiparar (Anderson, 2008:10)

De este contrapunteo surgen una plétora de interrogantes para nuestros objetivos: ¿acaso no está EE.UU. en una posición propicia para convertir los efectos geopolíticos y geoeconómicos no previstos de la financiarización en una plataforma para la reproducción de su propia riqueza, poder y prestigio? ¿Acaso en esta era de la metástasis, a diferencia de la era de las catástrofes (1914-1945), la financiarización y la capacidad de actuar en nombre del capitalismo como un todo de la potencia estadounidense pueden convertirse en la clave de una dominación explotadora¹², uno de los decursos tan posibles para el sistema interestatal como la sustitución de la potencia hegemónica por otra? ¿Cuál es la imagen pertinente para pensar la fase de crisis/disputa de la hegemonía estadounidense sobre la economía-mundo capitalista, o bien el colapso al estilo de la era de las catástrofes, o bien la dominación explotadora? ¿Transición catastrófica o reestructuración explotadora? Por último: ¿hasta qué punto los acontecimientos del periodo 2008-2020/presente han transformado las respuestas a estas interrogantes? Todavía en 2007, Arrighi arguyó:

En el transcurso del último largo declive y de la subsiguiente *belle époque* no se ha observado una tendencia (...) hacia la transformación de la competencia interempresarial en una contienda interestatal a escala mundial por el territorio (...) Por el contrario, la capacidad militar global se ha centralizado aún más en manos de Estados Unidos. Mientras que las potencias capitalistas ascendentes y declinantes han seguido trabajando hacia la consolidación de la unidad del mercado mundial (Arrighi, 2007:173-174).

Por su parte, Anderson reflexionó en una dirección análoga:

Las demás grandes potencias hacen bastante poco para contrapesar a Estados Unidos, como manda la tradición, tanto por el grado de interdependencia que une sus intereses a la economía estadounidense —algo impensable a principios del siglo XIX— como por el interés común en el papel de policía de Estados Unidos en las partes menos estables del mundo, razón por la cual suelen respaldar alegremente sus costosas y a veces arriesgadas misiones¹³.

12 La expresión pertenece a David Calleo (1987: 142); Véase Arrighi (2007:174-175).

13 Continúa Anderson (2008:10): «De esta suerte, aunque el peso relativo de Estados Unidos en la economía global está disminuyendo manifiestamente, ante el rápido ascenso de centros de poder capitalista alternativos, la influencia política de Estados Unidos en un universo de beneficios y privilegios que hoy se presenta densamente interconectado, y la totalidad de cuyos miembros se consideran como socios de la “comunidad internacional”, sigue siendo inconmensurable respecto al de cualquier otro Estado».

Las tendencias y contratendencias señaladas por Anderson y Arrighi sobre el futuro del sistema interestatal conviven para dibujar una (gramsciana) *situación mórbida* en la cual los puntos débiles del poder estadounidense se metamorfosean en soportes de su riqueza y poder. Pese al efecto Trump, la voluntad y efectividad de EE.UU. de mantener unido al sistema y actuar en nombre de la acumulación de capital se hizo fehaciente en los momentos más álgidos del periodo 2008-presente¹⁴. Pese a la «guerra fría tecnológica-comercial» sino-estadounidense que ya sentencia Ferguson (2021:402), por ahora no es evidente, ni seguro, que esta desencadene una competencia interempresarial que evolucione hacia una competencia interestatal análoga a la de la era de la catástrofe (1914-1945). Pese a la ola de mercantilismos desde Washington a Brasilia, las grandes potencias defienden formas análogas de unidad del mercado mundial¹⁵. Por último, pese al reto que significa el ascenso geoeconómico y geopolítico de China y su propia decadencia relativa, el poder (más que la riqueza y el prestigio) de EE.UU. sigue siendo inconmensurable con respecto a las demás grandes potencias, sobremanera *vis a vis* con Japón, Alemania, la Unión Europea, Rusia, India o Brasil¹⁶.

Sin embargo, ninguna de estas tendencias «contenedoras» ha sido óbice para que el moderno sistema interestatal no haya superado el umbral del antagonismo, enrumbándose hacia una fase de crisis/disputa por el puesto de mando¹⁷. ¿Acaso el destino del matrimonio entre Estados y altas finanzas no puede ser otro a mediano plazo que —como lo teorizó Arrighi— desviar sistemáticamente el poder de compra desde la inversión a la especulación y promover la configuración de nuevas relaciones de poder a escala interestatal?

14 Al exponer los rescates posteriores al 2008, Tooze (2019:186) zanjó: «Con esta demostración de fuerza, Estados Unidos se consolidó como el único Estado nación con capacidad no solo para respaldar al mayor sector financiero del mundo, sino también para imponer soluciones globales».

15 La voz cantante la lleva la potencia «retadora»: «El proteccionismo es un bumerán, y el corte de cadenas y el desacoplamiento perjudicarán tanto a otros como a los mismos que los practican. Nos es menester abogar por la apertura y la inclusión, dismantelar cuanta barrera que impida el libre flujo de los factores de producción, defender el sistema multilateral del comercio centrado en la Organización Mundial del Comercio y esforzarnos por la construcción de una economía mundial abierta» (Wang Yi, 2022).

16 De ahí que EE.UU. reconozca a un solo retador: «The most comprehensive and serious challenge to U.S. national security is the PRC's coercive and increasingly aggressive endeavor to refashion the Indo-Pacific region and the international system to suit its interests and authoritarian preferences». (U.S. Department of Defense, 2022:4).

17 Las hegemonías histórico-mundiales son procesos que experimentan cuatro fases: auge, declinación, crisis/disputa y colapso/transición. Para Wallerstein (2011: XXIV), la tercera fase se caracteriza por que «la lucha se vuelve tan aguda que se desintegra el orden y se produce una «guerra de Treinta Años» entre los contendientes por la hegemonía». En nuestro criterio nos encontramos en los inicios de dicha agudización de las luchas.

2. Pródromo: crisis señal, sobreacumulación y financiarización

La década de unipolaridad (1990) proyectó la idea de que la clave de la política mundial en el periodo que va desde la Crisis del petróleo de 1973 hasta la Gran Recesión (2008) fue la ausencia de competencia en el sistema interestatal y la economía-mundo capitalista¹⁸. Antes por el contrario, en nuestro criterio, procesos determinantes —como el origen de la contrarrevolución monetarista y la financiarización, la reintegración de China al moderno sistema interestatal o el giro neoliberal— se encuentran incrustados tanto en la encrucijada/crisis que sufrió el *Estado bélico-benefactor* estadounidense en las décadas de 1960-1970, como en la profunda competencia y reconfiguración político-económica que dicha *crisis señal* suscitó a escala global¹⁹.

Según el relato macroeconómico convencional —cuya perspectiva presupone el nacionalismo teórico-metodológico y se centra en las economías nacionales del Norte global— el núcleo de la crisis en la tormentosa década de 1970 fue la inflación. Desde una perspectiva de economía política ortodoxa, el origen de la «Gran Inflación» fueron los excesos de la «economía mixta» posterior a la Segunda Guerra Mundial²⁰. Siguiendo con esa lógica, la conjunción de la Crisis del petróleo de 1973 con la «errática» gestión de la demanda agregada de la economía política keynesiana de posguerra, a través de una política monetaria laxa y la búsqueda del pleno empleo, condujeron a las economías del Norte global a la estanflación²¹. El colapso del sistema de tipo de cambio fijos y del sistema monetario internacional de Bretton Woods fue, así las cosas, un daño colateral, en parte causado por la Gran Inflación, en parte causado por el mercado de eurodólares.

18 Por ejemplo: «Los Estados Unidos tienen la supremacía en los cuatro ámbitos decisivos del poder global: en el militar su alcance global es inigualado; en lo económico siguen siendo la principal locomotora del crecimiento global (...) en el tecnológico mantienen una posición de liderazgo global en los sectores punta de la innovación; y en el cultural, pese a cierto grado de tosquedad, disfrutaban de un atractivo que no tiene rival». (Brzezinski, 1998:33).

19 Como aclara Arrighi, «Las crisis no dan lugar necesariamente al fin de las hegemonías; especialmente relevante para nuestras preocupaciones es la distinción entre crisis de hegemonía que señalan problemas para los que cabe empero una solución relativamente prolongada —lo que llamaremos ‘crisis-señal’, y crisis que por el contrario se exacerban hasta dar lugar al fin de la hegemonía vigente, que denominaremos ‘crisis terminales’» (2007: 161).

20 En su panegírico de la «sabiduría del mercado», Yergin y Stanislaw (1999:196-197) resumen dichos excesos: «el crecimiento del déficit público, la expansión del estado benefactor, las barreras a la competencia, la rigidez del mercado laboral, las «cargas sociales» agregadas al coste de los salarios, la naturaleza particular de las negociaciones entre el sector laboral y el sector empresarial, el nivel de los salarios y la forma en que los mismos serían transferidos a la economía».

21 Desde la perspectiva monetarista Meltzer (2005: 152,151) sostiene: «The start of the Great Inflation—the sustained increase in the price level—was a monetary event». Continúa: «The start of inflation occurred under the Bretton Woods system of fixed exchange rates. Surplus countries experienced inflation because they would not appreciate their currencies to stop the inflation, and those that did appreciate made at most modest increases in their Exchange rate until 1971».

Sin embargo, una perspectiva centrada en la dialéctica entre una *crisis de acumulación* y una *crisis de hegemonía* en el origen del «Gran Estancamiento» 1973-1979 (Gilpin, 2003:99), otorga un marcado contraste con la interpretación convencional centrada, o bien en el colapso de la economía política keynesiana, o bien en que los hacedores de política económica no siguieron la verdad revelada del monetarismo²². Al posar la perspectiva sobre la dialéctica entre la crisis de acumulación y la crisis de hegemonía, la expansión financiera de la potencia hegemónica surge no sólo como resultado, sino también como origen del «Gran Estancamiento». Para luego erigirse como estrategia de solución a la crisis.

El colapso del sistema monetario internacional de Bretton Woods fue, más que un daño colateral, la «zona cero» de la *crisis señal* del ciclo sistémico de acumulación estadounidense, en tanto que síntesis de la crisis de acumulación y la crisis de hegemonía²³. El colapso de Bretton Woods es más una historia de competencia, que una historia de especulación. El mercado de eurodólares creció a partir de la década de 1950 como expresión del éxito de las corporaciones estadounidenses, apalancadas en las reservas de oro y el superávit por cuenta corriente de EE.UU.²⁴ En el periodo 1968-1973, el mercado de eurodólares experimentó una explosión de volúmenes, convirtiéndose a la postre en el germen de la financiarización en la producción y regulación del dinero mundial²⁵. Esa explosión se retrotraía, por un lado, a una intensificación de la competencia por la inversión directa a escala mundial y, por el otro, a una sobreabundancia de capital en búsqueda de inversión en un contexto de caída de la rentabilidad en la economía nacional de EE.UU.

22 Como señaló con perspicacia Hobsbawm (2011:409): «La batalla entre keynesianos y los neoliberales no fue simplemente una confrontación técnica entre economistas profesionales (...) Se trataba de una guerra entre ideologías incompatibles (...) Los keynesianos afirmaban que los salarios altos, el pleno empleo y el estado del bienestar creaban la demanda del consumidor que alentaba la expansión (...) Los neoliberales aducían que la economía y la política de la edad de oro dificultaban (...) el control de la inflación y el recorte de los costes, que habían de hacer posible el aumento de los beneficios, que era el auténtico motor del crecimiento en una economía capitalista (...) En ambos casos, la economía racionalizaba un compromiso ideológico, una visión a priori de la sociedad humana».

23 «El desarrollo desigual tras la Segunda Guerra Mundial estuvo inserto de principio a fin en las rivalidades de la Guerra Fría (...) la intensificación de la competencia intercapitalista y la consiguiente crisis de rentabilidad mostraron ciertamente que la larga expansión de posguerra había llegado a sus límites» (Arrighi, 2007:166).

24 «Mientras este régimen se halló respaldado por las enormes reservas de oro y por el voluminoso superávit de la balanza de pagos por cuenta corriente de los Estados Unidos, el desarrollo del mercado de eurodólares ayudó y no obstaculizó la consecución de los objetivos de poder, domésticos y exteriores, del gobierno estadounidense». (Arrighi, 1999:362).

25 «A medida que se internacionalizaban los mercados financieros estadounidenses, el nexo del mercado monetario del Tesoro-FED-Wall Street pasaría a ser cada vez más decisivo para el funcionamiento de las finanzas globales, y el mercado doméstico de valores se convertiría en el mercado internacional de bonos más importante» (Panitch y Gindin, 2015:184).

En palabras de Arrighi:

La crisis-señal del régimen de acumulación estadounidense de finales de la década de 1960 y principios de la de 1970 se debió primordialmente, sin duda, a una sobreabundancia de capital que deseaba ser invertido en mercancías, y no al fracaso de los gobiernos nacionales, en particular del gobierno estadounidense, para compensar la escasez de inversión privada con su propio gasto (...) Una vez aceptados estos hechos debe subrayarse, sin embargo, que el poder de compra inyectado en la economía-mundo a partir de 1968, en lugar de provocar el crecimiento del comercio y la producción mundiales (...) generó una inflación de costes a escala mundial y una huida masiva de capitales a los mercados monetarios extraterritoriales (Arrighi, 1999:367)²⁶.

El control y regulación del dinero mundial por parte de EE.UU. se fundamentó, más que en el patrón oro-dólar *en sí*, en el régimen de tipo de cambio fijos, gracias a que durante los Treinta Gloriosos la expansión de la riqueza y poder estadounidense estaba anclada a la proliferación de la producción y el comercio a escala mundial²⁷. Cuando la huida del capital en búsqueda de inversión se retroalimentó con las altas tasas de inflación, el *shock* energético, el efecto Vietnam sobre la cuenta corriente estadounidense y una «ola fordista competitiva» en la *crisis señal*, se forzó la devaluación del dólar socavando el control estadounidense de la senda de expansión material de la economía

26 En sintonía con la tesis de la crisis de sobreacumulación, Harvey señaló que «el régimen fordista de acumulación resolvió el problema de hiper-acumulación durante el largo boom de posguerra, fundamentalmente a través del desplazamiento espacial y temporal. Hasta cierto punto, la crisis del fordismo puede interpretarse por lo tanto como el agotamiento de las opciones para manejar el problema de la hiper-acumulación» (1998:2009). Por su parte, Gilpin pone el acento en la caída de la productividad: «Después de haber superado durante décadas al resto del mundo, la productividad de los Estados Unidos se derrumbó a un índice muy bajo de menos de 1% (...) Esta caída debilitó la preminencia económica de los Estados Unidos y frenó el aumento del nivel de vida» (2003:103). Panitch y Gindin tejen la causalidad desde la inversión al incremento del conflicto de clase: «en 1970 la tasa de beneficio estadounidense estaba ya un 40 por 100 por debajo del elevado nivel de mediados de la década de 1960 (...) La respuesta de las empresas fue incrementar su tasa de inversión (...) Las pujantes estrategias de inversión empresariales que representaban esto estaban dirigidas a aumentar la productividad para hacer frente a las presiones competitivas e inflacionistas. Pero las ganancias de la productividad que se obtuvieron no estaban proporcionadas con el nivel de inversión de capital realizado, derivando en una caída de la «eficiencia del capital» (...) Este descenso de la producción en relación al capital (...) estaba estrechamente relacionado con el conflicto de clase en el centro de trabajo» (2015:206-207).

27 «El acuerdo de Bretton Woods de 1944 convirtió al dólar en la moneda de reserva mundial y amarró el desarrollo económico mundial a la política fiscal y monetaria norteamericana (...) el fordismo se difundió de manera desigual en la medida en que cada Estado imprimía su propia modalidad de las relaciones laborales, la política monetaria y fiscal, las estrategias de inversión pública y de bienestar, limitado en el plano interior por el estado de las relaciones de clase y en el plano exterior por su posición jerárquica en la economía mundial y por el tipo de cambio en relación al dólar». (Harvey,1998:160).

global²⁸. En consecuencia, el desplazamiento del sistema monetario internacional a un *régimen de tipo de cambio flexibles*, tanto resultado como génesis de la financiarización, otorgó una *solución* a la crisis del fordismo y propició una senda de reconfiguración hegemónica a corto plazo²⁹. No obstante, la reconfiguración implicó solucionar la cuestión de la caída de las ganancias y la deflación de poder geopolítico —esto es: la crisis de sobreacumulación y la crisis de hegemonía—, desplazando momentáneamente la crisis desde un conjunto de relaciones de riqueza y poder a otras, sin propiciar una salida a largo plazo a las dramáticas consecuencias económico-sociales que traería la financiarización, el desempleo y la deslocalización³⁰.

¿Qué papel jugó la competencia en este proceso? A nivel económico en el Norte global, a través de la Gran Estrategia de contención del comunismo, el Estado bélico-benefactor estadounidense brindó *intercambio político* y una cuantiosa ayuda para la reindustrialización de Europa Occidental (Alemania en particular) y Japón. Llegada la década de 1970 este intercambio político se volvió contradictorio: primero, con la competitividad de las corporaciones estadounidenses en tanto produjo una intensificación de la competencia intercapitalista; luego, con la expansión del poder del Estado estadounidense al originar una intensificación de la competencia interestatal (Arrighi, 2007: 164-165-166). En el Sur global, los incentivos de EE.UU. para el desarrollo del «keynesianismo social» a escala global produjeron una «ola de industrialización fordista competitiva», al decir de Harvey, que cosechó un éxito relativo en la Industrialización por Sustitución de Importaciones de América Latina hasta la década de 1970 y un éxito absoluto en Asia oriental y el Sudeste asiático después de 1960 mediante el proceso de deslocalización y gansos voladores³¹

28 «En este punto la economía-mundo ingresó a un largo periodo de estancamiento. La medida decisiva de un estancamiento en la economía-mundo es que las ganancias provenientes de la producción caen considerablemente de los niveles que tenían en la etapa anterior, la fase A. Esto tiene una serie de consecuencias. Primero, en la búsqueda de utilidades, las personas con capital pasan de buscar sus ganancias en la esfera productiva a buscarlas en la esfera financiera. En segundo lugar hay un desempleo considerablemente mayor a nivel mundial. Tercero, se dan cambios significativos en los centros de producción, pasando de las áreas de salarios elevados a las áreas de salarios bajos» (Wallerstein, 2005:53).

29 Como recalcan Panitch y Gindin (2005: 220): «Lo que se estaba produciendo era una transición desde los tipos de cambio fijos dirigidos a promover la reconstrucción capitalista bajo el Plan Marshall y la Unión Europea de Pagos, al establecimiento de la infraestructura legal, institucional y de mercado que sustentaría a la globalización capitalista en medio de tipos de cambio flotantes, anclados por un patrón dólar-letras del Tesoro».

30 La advertencia de Arrighi (2007:245) es preclara: «La razón por la que todas las *belle époque* del capitalismo han sido fenómenos efímeros, es que tendían a profundizar más que a resolver la crisis subyacente de sobreacumulación. Exacerbaban así la competencia económica, los conflictos sociales y las rivalidades interestatales hasta niveles que sobrepasaban la capacidad de control del centro vigente».

31 Para Arrighi (2007:165), «si los problemas de rentabilidad quedaron subsumidos en esa crisis de hegemonía más amplia es porque en el Sur del mundo el Estado bélico-asistencial estadounidense no alcanzó sus objetivos políticos y sociales».

A nivel financiero, la liberación de los flujos de capital internacional permitió que el capital en búsqueda de inversión aprovechara la desregulación financiera naciente, hasta poner en peligro el control del Estado estadounidense sobre la producción y regulación del dinero mundial³². A nivel militar, la Guerra de Vietnam intensificó el déficit por cuenta corriente, además de generar una pérdida de prestigio y credibilidad política-militar de la potencia hegemónica. En conjunto propiciaron en grado superlativo la ruptura sino-soviética y la necesidad de reintegrar a China al sistema interestatal y la economía global para seguir haciendo efectiva la Gran Estrategia de contención del comunismo³³.

En resumen, el keynesianismo militar y social, que estuvo en la base de la propagación de la riqueza, poder y prestigio de la potencia hegemónica estadounidense durante los Treinta Gloriosos, sufrió una metamorfosis dialéctica para convertirse en la base de la propagación de la competencia en el sistema interestatal y la división internacional del trabajo: «la homologación exitosa crea nuevos competidores, y la intensificación de la competencia ejerce una presión a la baja sobre los beneficios de las empresas existentes»³⁴. La gran transformación que se produjo durante el «Gran Estancamiento» (1973-1979) y la contrarrevolución monetarista (1979-1982) fue la mutación de la potencia hegemónica estadounidense desde proveedor de liquidez e inversión extranjera directa, a principal atractor de la liquidez mundial, motor del flujo de capital a escala global y núcleo geográfico de la acumulación de capital por

32 Acá se produjo un movimiento tectónico en, utilizando la expresión de Schumpeter, el cuartel general del capitalismo: «Los nuevos sistemas financieros implementados desde 1972 han transformado el equilibrio de fuerzas del capitalismo global: otorgaron una autonomía mucho mayor al sistema bancario y financiero dedicado a las finanzas de las corporaciones, del Estado y las personas. Sin duda la acumulación flexible recurre más que el fordismo al capital financiero como poder coordinador» (Harvey, 1998: 188).

33 «La otra consecuencia de la guerra de Vietnam en la política de poder fue que oscureció, tal vez durante una década, el reconocimiento por Washington de la importancia del conflicto chinosoviético (...) Por esto fue más chocante que este descuido fuese tan rápidamente reparado después de la subida a la presidencia de un acérrimo enemigo del comunismo, Richard Nixon (...) La revolución diplomática causada por el *approchement* chinonorteamericano después de 1971 surtió un profundo efecto en la “correlación mundial de fuerzas” (...) Si una de las superpotencias había perdido China, ésta había sido Rusia» (Kennedy, 2004: 637-639-645).

34 Continua Arrighi (2007: 164): «fue un coste económico previsto pero inevitable de planes cuyos objetivos primordiales no eran económicos sino sociales y políticos: la contención del comunismo, la domesticación del nacionalismo y la consolidación de la hegemonía estadounidense (...) La política de la Guerra Fría de Washington suponía, por lo tanto, una doble contracción de los beneficios: la debida a la intensificación de competencia intercapitalista, promovida al crear condiciones favorables para la mejora y expansión de los aparatos productivos de Japón y Europa Occidental, más la derivada del mayor poder social de los trabajadores, suscitada por la pretensión de alcanzar una situación próxima al pleno empleo y un elevado consumo de masas en todo el mundo occidental».

vías financieras³⁵. En adelante, la gestión de la financiarización a escala global se convirtió en la clave de la *reestructuración* del poder y la riqueza estadounidense, pero ¿qué relación existe entre los flujos de capital internacional y la dominación interestatal?

3. Max Weber: capital en búsqueda de inversión y dominación interestatal

Escribiendo en el *clímax* de la expansión financiera estadounidense, el teórico de la estabilidad hegemónica Robert Gilpin sostuvo que a mediados de la década de 1980 se produjo un cambio drástico en la posición ocupada por EE.UU. desde la Primera Guerra Mundial en los flujos de capital a escala global, el cual traería profundas repercusiones para el moderno sistema interestatal:

Con el índice más bajo de ahorros personales en todo el mundo industrializado, la economía norteamericana se ha vuelto a la vez muy dependiente de las importaciones de capital, y durante los años noventa prosperó en parte porque los inversores extranjeros contribuyeron de manera significativa a financiar el mercado de valores norteamericano y, por tanto, a la expansión económica (...) a mediados de la década de 1980, los Estados Unidos perdieron la posición que tenían desde la Primera Guerra Mundial como la mayor nación acreedora del mundo y pasaron a ser el mayor deudor (Gilpin, 2003:36-37).

En clave prospectiva, Gilpin preveía una certera posibilidad de que estos arreglos fueran inestables a largo plazo, llevando a EE.UU. a un desenlace catastrófico:

La situación de los norteamericanos que viven por encima de sus posibilidades no puede prologarse demasiado; no pueden consumir por siempre más de lo que producen. Desde una perspectiva realista no pueden confiar en que otros salden eternamente la diferencia a través de la inversión en acciones, bonos y otros activos norteamericanos (Gilpin, 2003:13)³⁶.

¿Está Gilpin planteando la imposibilidad a largo plazo de que EE.UU. ejerza una dominación explotadora a través de las altas finanzas? Sea como fuere, lo que Gilpin obvió es que el giro drástico dado por EE.UU. mediante la con-

35 Las reglas de juego de la economía política global cambiaron para siempre: «Desde ese momento, todos los Estados nacionales quedaron a merced de la disciplina financiera, sea por los efectos del flujo de capitales (...) sea directamente por la disciplina institucional» (Harvey, 1998:189).

36 Desde 1970 a 2021 el saldo en cuenta corriente de EE.UU. promedió un déficit de -2,06% del PIB. Por su parte, la entrada neta de capital en Inversión Extranjera Directa (IED) promedió 1,16% del PIB en el mismo periodo (Banco Mundial, s/f).

trarrevolución monetarista y la financiarización, al pasar de principal acreedor a principal deudor global, fue la clave en *la lucha por asegurarse el capital libre de movimiento en búsqueda de inversión* que conllevó al triunfo sobre la URSS en la Guerra Fría. Dicho de otra manera: fue en la metamorfosis desde principal proveedor de capital a principal atractor del mismo donde EE.UU. encontró la forma de resolver el conflicto de la Guerra Fría y la competencia de Alemania y Japón, para así renovar su dominio sobre la economía política global. Para comprender cómo este giro de la potencia hegemónica fue capaz de garantizar la subsistencia y renovar las «máximas posibilidades al capitalismo del Occidente moderno», es preciso visitar la teoría de Max Weber sobre la lucha interestatal por asegurarse el capital libre de movimiento en búsqueda de inversión como fuente de la hegemonía interestatal. Para Weber, a diferencia del (proto)-capitalismo irracional antiguo y de la edad media nucleado en ciudades, donde proliferó la «libertad» militar, judicial e industrial, en la modernidad dichas ciudades:

...cayeron bajo el dominio de Estados nacionales competidores que se hallaban en constante estado de lucha, pacífica o guerrera, para conseguir la hegemonía. Esta lucha o competencia creó las máximas posibilidades al capitalismo del Occidente moderno. El Estado aislado tuvo que concurrir para asegurarse el capital, libre de movimientos, que le prescribía las condiciones bajo las cuales podía prestarle su apoyo para obtener el dominio. De la forzada alianza del Estado con el capital surgió el estamento burgués nacional, la burguesía en el sentido moderno de la palabra. Es, pues, el Estado racional cerrado el que procura al capitalismo las posibilidades de subsistencia... (Weber, 1942:284)³⁷.

La tesis de Weber sintetiza lo que Charles Tilly denominó «los dos procesos interdependientes esenciales de la era moderna»³⁸, al tiempo que ofrece una sugerente perspectiva de contraste a la interrogante sobre el por qué la metamorfosis de EE.UU. en los flujos globales de capital procuró, en el corto plazo, una segunda edad de oro (1983-2007) del capitalismo estadounidense, seguida por una era de turbulencias comparable a la del momento donde EE.UU. se convirtió en el principal acreedor global.

37 Para la concepción de Weber de la política mundial, véase Weber (1964:668). Para Arrighi (2007:102), la tendencia a la competencia interestatal por el capital en búsqueda de inversión señalada por Weber, «es la clave para aclarar el enigma de la relación entre capitalismo, industrialismo y militarismo» inherente a la vía de desarrollo europea.

38 «La creación de un sistema nacional de Estados y la formación de un sistema capitalista de alcance mundial» (C. Tilly citado en Arrighi, 1999:7).

Como señaló con exactitud Arrighi (1999:264), el capitalismo es antes un modo de acumulación que un modo de producción. La dominación explotadora sobre la India, por un lado, y la colocación de capital en búsqueda de reproducción en EE.UU., por el otro, permitieron que el (decadente) imperio británico hiciera frente a la intensa competencia intercapitalista que caracterizó al periodo 1873-1896 (Kennedy, 2004: 369, 371, 372). Cuando la demanda británica de medios de producción y destrucción escaló junto con los combates de la Primera Guerra Mundial, el capital británico perdió capacidad de reproducirse en suelo estadounidense, conllevando tanto al endeudamiento, como a la liquidación de las inversiones británicas en EE.UU. (Arrighi, 1999:324-325). Así, «gracias a este superávit y a sus créditos de guerra, los Estados Unidos se unieron a Gran Bretaña, pero no la desplazaron en la producción y regulación del dinero mundial» (Arrighi, 1999:325).

Incapaz de ofrecer una institucionalidad que suplantara a Gran Bretaña en la producción y regulación del dinero mundial, EE.UU. se sumó a la reconstrucción del patrón-oro, mientras las huellas de la guerra operaban hacia el proteccionismo. En la década de 1920 el incremento de la productividad estadounidense repercutió en una mayor centralidad del dólar en el sistema internacional de pagos, promoviendo un *boom* de crédito e inversión directa al exterior de EE.UU. que pasaría a ser un círculo vicioso cuando el *crac* especulativo de 1929 relanzó la lucha por el capital y generó una ola de proteccionismo monetario (en la forma de depreciación y control de capital) que signó a la década de 1930 (Hobsbawm, 2011:104). Al culminar la «guerra de treinta años» por suceder a Londres como núcleo del moderno sistema-mundo, tanto el superávit comercial y por cuenta corriente, como la concentración de la oferta y la demanda en perspectiva global de EE.UU., eran de tales dimensiones que originaron un problema de reciclaje de liquidez. Este, a su vez, fomentó el keynesianismo militar y social que acompasó a la Gran Estrategia de contención y la Guerra Fría³⁹.

Cuando en la década de 1970 ya se había agotado la fase de expansión material del ciclo sistémico de la acumulación estadounidense, y la pérdida de control sobre la producción y regulación del dinero mundial obtenida en Bretton Woods estaba socavando la riqueza y poder de la potencia hegemónica, la contrarrevolución monetarista y la financiarización le permitió a Washington pasar a beneficiarse del proceso de financiarización en lugar de sufrir las con-

39 «A no ser que la liquidez mundial se distribuyese más equitativamente, el mundo no podría adquirir de los Estados Unidos los medios de producción necesarios para ofrecer algo de valor a los consumidores estadounidenses» (Arrighi, 1999: 334).

secuencias (Mazzucato, 2019: 164-165). Para ello, desde la perspectiva weberiana señalada antes, EE.UU. tuvo que concurrir a la lucha por el capital libre de movimientos y reconstruir la forzada alianza del Estado con el capital, con el fin de garantizar las condiciones bajo las cuales este le presta el soporte para el dominio en un sistema interestatal signado por la lucha (pacífica o guerrera) por la hegemonía. La clave de la contrarrevolución monetarista fue lograr desplazar a EE.UU. desde el lado de la repulsión/oferta en el flujo global de capital, al lado de la atracción/demanda, convirtiéndolo tanto en el principal beneficiario/atractor de la ingente cantidad de capital deseoso de reproducirse por vías financieras, como liberarlo de las constricciones del déficit gemelo, recentrando así el control y regulación del dinero mundial en Washington⁴⁰. Condiciones que siguen siendo hasta la actualidad soporte de la riqueza, poder y prestigio de EE.UU. En las esclarecedoras palabras de Arrighi:

El gobierno estadounidense no sólo dejó de aportar liquidez al sistema, sino que comenzó a competir agresivamente por el capital disponible en todo el mundo mediante el establecimiento de elevadísimos tipos de interés, las reducciones de impuestos, el aumento de la libertad de acción para los productores y los especuladores capitalistas (...) Mediante este cambio radical el gobierno estadounidense dejó de competir con la creciente oferta privada de liquidez y pasó a crear en su lugar briosas condiciones de demanda que propiciaban su acumulación a través de canales financieros (Arrighi, 2007:172-173).

El recentramiento en EE.UU. del control del dinero mundial que permitió la contrarrevolución monetarista se fortaleció en grado superlativo con el *boom* de endeudamiento público y privado, permitiendo que otros países saldaran, al buscar réditos en el sector financiero, no solo la diferencia entre lo que los EE.UU. producen y consumen, sino el gasto militar que llevó al triunfo en la Guerra Fría⁴¹. La deuda pública de EE.UU. ascendió desde 39,9% del PIB en 1981, a 62,36% en 2007, para ubicarse en 127,3% en 2020; la entrada de inversión en cartera ascendió desde 4.820 millones de dólares (a precios corrientes) en 1981, a 275.616,99 millones de dólares en 2007; los ahorros pasaron desde 23,35% del PIB a 17,38% en el mismo periodo; por su parte, el gasto militar pasó de 83,41 millardos de dólares (a precios actuales) en 1970 a 325,03 millar-

40 «La adopción internacional de un patrón dólar-letras del Tesoro proporcionó al Estado estadounidense distintivas ventajas de “señoreaje” como recompensa por ser considerado el responsable de asegurar y ratificar la confianza en el dólar» (Panitch y Gindin, 2015:220).

41 Al decir de Weber (1964:675): «La poderosa expansión mediante la guerra y los armamentos correspondientes hacen surgir abundantes motivos para la aplicación del crédito en grandes proporciones y aumentan las probabilidades de lucro de los acreedores capitalistas del Estado...».

dos en 1992 (Banco Mundial, s/f). ¿De dónde provino el dinero? Del este de Asia, ya que, desde una perspectiva de mediana duración, la principal consecuencia de la contrarrevolución monetarista fue suscitar el ascenso geoeconómico de China, lo que, a su vez, llevó al moderno sistema interestatal europeo devenido global a traspasar el umbral del antagonismo.

Fue la dependencia de EE.UU. del capital chino y japonés, en consonancia dialéctica con la dependencia de Asia oriental del consumo hipertrófico estadounidense, lo que en los días más álgidos de la Gran Recesión colocó sobre la mesa la cuestión planteada por Gilpin (2003:13) sobre la «fuga de activos valorados en dólares» cuando el principal «logro» del giro neoliberal —esto es, la liberalización del flujo de capital a escala global— se paralizó, en tanto las entradas y salidas de capital pasaron desde el 33% del PIB mundial previo a la crisis, a 3% del PIB mundial entre el último trimestre de 2008 y el primer semestre de 2009 (Tooze, 2019:179). La liquidación china de activos estadounidenses hubiera conllevado al «momento Gilpin», sin embargo, no llegó la ruptura del «equilibrio de terror financiero» (Summer, 2004). China no se deshizo de sus activos estadounidenses, en gran medida porque el daño auto infligido hubiera sido comparable al daño aplicado a EE.UU. Pero sobremanera porque los activos mundiales seguros y rentables que China podía adquirir con sus ingentes reservas eran muy escasos⁴².

En un giro inesperado de los acontecimientos, la Gran Recesión no produjo «una relativización del dólar, sino todo lo contrario: una espectacular reafirmación del papel crucial del banco central estadounidense. El dólar mundial, lejos de desaparecer, adquirió una nueva dimensión mundial gracias a la respuesta de la FED» (Tooze, 2019:236). De nueva cuenta en la historia de la economía-mundo capitalista, la forzada alianza entre el capital libre de movimiento en búsqueda de inversión y el Estado (capitalista líder) forjaron, como teorizó Weber, las bases del dominio interestatal y las máximas posibilidades para la subsistencia del capitalismo.

4. Karl Marx: deuda pública, grandes potencias y acumulación de capital

Pasado el temor inmediato por la ruptura del «equilibrio de terror financiero» sino-estadounidense, a principios de la década de 2010 la ortodoxia económica anglosajona llegó a la conclusión —al preguntarse por la génesis de las crisis financieras— de que el quid del problema residía en la deuda. Reinhart

42 Los valores del Tesoro en posesión de China crecieron desde 477,6 millardos de dólares en diciembre de 2007 a 1.246,1 millardos de dólares en diciembre de 2015, un incremento de 99,74% en el periodo. (U.S. Department of the Treasury, s/f).

y Rogoff (2011:11) establecieron la agenda de la conversación al señalar que «una excesiva acumulación de deuda (trátase de gobiernos, bancos, empresas o consumidores) por lo general conlleva riesgos estructurales más grandes de lo que podría pensarse en medio de un *boom* financiero». En clave de política económica, los autores recomendaban:

Somos de la idea de que la inversión accionaria y la IED son hasta cierto punto menos problemáticas que la deuda (...) resulta plausible afirmar que un país podría gozar de la mayoría de los beneficios de tener acceso a los mercados de capital con un nivel de deuda respecto al PNB relativamente moderado (Reinhart y Rogoff, 2011:59).

Reinhart y Rogoff incurrieron en la ilusión de querer purgar del capitalismo pos-contrarrevolución monetarista a uno de sus elementos distintivos; incidían en la utopía de querer mantener a los flujos de capital como motor del capitalismo, sin la inestabilidad que conllevan el endeudamiento y la financiarización. El resultado de la prescripción de austeridad fue, a nivel analítico, obliterar que la deuda mantuvo a raya a la *crisis de realización*⁴³; y a nivel práctico, el «entorpecimiento de la recuperación» posterior a 2010⁴⁴. Desde el inicio de la contrarrevolución monetarista en 1982 hasta 2020, la deuda del gobierno general en EE.UU. pasó desde 45,01% del PIB a 134,5%, al tiempo que en Alemania y Japón ascendió del 36,5% del PIB a 67,9% y del 57,7% del PIB a 259,4%, respectivamente. Sólo en EE.UU. la deuda privada (considerados todos los instrumentos) trepó desde 146,8% del PIB a 235,4% en el mismo periodo. Y el crédito interno proporcionado por el sector financiero de 118% del PIB a 281,1% (Fondo Monetario Internacional, s/f). A nivel de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), la deuda de los gobiernos centrales pasó desde 36,3% del PIB en 1990 a 129,3% en 2020, mientras que la capitalización de mercado (de las empresas nacionales) ascendió de 50,3% del PIB a 146,9% en el periodo (Banco Mundial, s/f).

Lo que Reinhart y Rogoff obviaron es la importancia de la deuda pública en la transformación de la riqueza social en capital *ergo* en la acumulación de capital. Para comprender cómo el sistema de la deuda pública está inseparablemente ligado a la «producción de plusvalor como el fin último y único de

43 «Sin el crecimiento de la deuda de los hogares, la demanda habría sido más débil y las ventas de las empresas más bajas. Las finanzas cerraron la brecha, en forma de nuevas vías de crédito cuyos flujos de intereses y comisiones resultantes apuntalaron la expansión del sector» (Mazzucato, 2019:187).

44 «Utilizando a Grecia como ejemplo, una alianza de conveniencia entre alarmistas de derechas, emprendedores políticos conservadores y halcones fiscales centristas ladeó la balanza política. Aunque el desempleo seguía siendo alto y la producción era renqueante, se abandonó cualquier estímulo. De manera más prematura y radical que en cualquier otra recesión de la historia reciente, se apretó la clavija fiscal. A ambos lados del atlántico, el resultado fue un entorpecimiento de la recuperación» (Tooze, 2019:369).

la humanidad» (Marx,1975:943) en el sistema-mundo moderno, es conveniente acudir a la exposición del desarrollo histórico del capitalismo realizada por Marx. Para Marx, el Descubrimiento y conquista de América echó a andar un proceso en el que la «violencia organizada y concentrada» se imbricó con el sistema colonial, el sistema de la deuda pública, el sistema crediticio internacional y el moderno sistema impositivo, para apalancar la acumulación de capital y poder a escala interestatal:

El sistema del crédito público, esto es, de la deuda del estado, cuyos orígenes los descubrimos en Génova y Venecia ya en la Edad Media, tomó posesión de toda Europa durante el periodo manufacturero. El sistema colonial, con su comercio marítimo y sus guerras comerciales, le sirvió de invernadero. Así echó raíces por primera vez en Holanda. La deuda pública o, en otros términos, la enajenación del estado (...) deja su impronta en la era capitalista. La única parte de la llamada riqueza nacional que realmente entra en la posesión colectiva de los pueblos modernos es... su deuda pública. De ahí que sea cabalmente coherente la doctrina moderna según la cual un pueblo es tanto más rico cuanto más se endeuda. El crédito público se convierte en el credo del capital (...) La deuda pública se convierte en una de las palancas más efectivas de la acumulación originaria. Como con un toque de varita mágica, infunde virtud generadora al dinero improductivo y los transforma en capital, sin que para ello el mismo tenga que exponerse necesariamente a las molestias y riesgos inseparables de la inversión industrial e incluso de la usuraria (...) La deuda pública ha dado impulso a las sociedades por acciones, al comercio de toda suerte de papeles negociables, al agio; en una palabra, al juego de la bolsa y a la moderna bancocracia (Marx, 1975: 943-944).

Si para Weber la lucha por el capital libre de movimiento en búsqueda de inversión era la clave para el dominio en un sistema interestatal de Estados competidores, para Marx existió un nexo insondable entre las altas finanzas nacidas del endeudamiento público —capaz de producir capital como «llovido del cielo» — y la dinámica entre grandes potencias acreedoras y deudoras, que signó al moderno sistema interestatal europeo devenido global:

Las ruindades del sistema veneciano de rapiña constituían uno de los fundamentos ocultos de la riqueza de capitales de Holanda, a la cual la Venecia en decadencia prestaba grandes sumas de dinero. Otro tanto ocurre entre Holanda e Inglaterra. Ya a comienzos del siglo XVIII las manufacturas holandesas han sido ampliamente sobrepujadas y el país ha cesado de ser la nación industrial dominante, uno de sus negocios

principales, entre 1701 y 1776, fue el préstamo de enormes capitales, especialmente a su poderosa competidora Inglaterra. Un caso análogo lo constituye hoy la relación entre Inglaterra y Estados Unidos⁴⁵.

¿Qué tanto se adapta la relación sino-estadounidense a este patrón histórico? Al igual que Holanda, EE.UU. sufrió una decadencia industrial posterior a la década de 1980 al tiempo que China se convertía en la fábrica del mundo⁴⁶. Sin embargo, en lugar de convertirse en el principal acreedor de la potencia en ascenso, EE.UU. se convirtió en su principal deudor. Ello nos lleva directamente a la crisis de sobreacumulación de 1970 y su principal consecuencia a mediano plazo en términos de *World Politics*: el ascenso geoeconómico y geopolítico de Asia oriental en general y de China en particular. Con el advenimiento de una crisis de sobreacumulación, que colocó a los actores centrales de la economía-mundo capitalista ante la necesidad de gestionar la crisis, el *capital ficticio* otorgó la posibilidad de desplazar momentáneamente la crisis en el tiempo⁴⁷; intercambiando, por así decirlo, la posibilidad de crecimiento económico, explotación de la fuerza de trabajo y cambio tecnológico en el corto plazo, por intensificación de la competencia interestatal e intercapitalista en el mediano plazo (Harvey, 1998: 206-207-208-209). En tanto la gestión de la crisis a través del capital ficticio «dependen de un crecimiento dinámico continuo del endeudamiento, con respaldo estatal» (Harvey, 1998:206), EE.UU. fue el adalid de ese proceso⁴⁸.

Así las cosas, el endeudamiento estadounidense creó la base de capital ficticio para una gestión de la crisis de sobreacumulación de 1970. El quid de la financiarización de la potencia hegemónica, más que en la desregulación, se situó en la capacidad de generar activos públicos seguros y rentables —con una confianza basada en el poder coercitivo— capaces de atraer el capital libre de movimiento en búsqueda de inversión. La varita mágica del Estado capitalista líder transformó dinero improductivo en capital (i.e., deuda en ganancias), permitiendo que la deuda estadounidense —inseparable de la prerrogativa

45 Continua Marx: «No pocos capitales que ingresan actualmente a Estados Unidos sin partida de nacimiento, son sangre de niños recién ayer capitalizada en Inglaterra» (Marx, 1975:945).

46 El valor agregado de la industria descendió en EE.UU. desde 23,1% del PIB en 1997 a 17,9% en 2021. (Banco Mundial, s/f).

47 «El sistema de crédito opera como una forma de “capital ficticio”, como una corriente capital-dinero no respaldado por ninguna transacción de mercancías (...). Si este dinero-crédito se presta como capital, entonces se convierte en *capital ficticio*» (Harvey, 1990: 270-271).

48 Wallerstein (2011a: 194-195) aclara esta relación en la génesis del mundo moderno: «Las deudas nacionales eran desconocidas en el mundo antiguo, e imposibles en la Edad Media, debido a la debilidad de los gobiernos centrales (...) Porque las deudas nacionales solo pueden existir cuando los Estados pueden obligar a la gente a retrasar su cobro, o en momentos oportunos negarse a pagarla».

del dólar y de la *Blue-water Navy*— ligara el desplazamiento temporal de la crisis al desplazamiento espacial. Entonces, el capital creado por la deuda que sólo existe sobre documentos, se licuó con la actividad productiva real en Asia oriental, intensiva en trabajo y capital fijo, para generar un momento virtuoso que asociamos con la segunda edad dorada del capital estadounidense y el ascenso geoeconómico de China. El capital ficticio generado por el concurso del complejo FED-Tesoro-Wall Street se cristalizó en el capital absorbido del comercio mundial por las exportaciones asiáticas. Para ser *reabsorbido*, de nuevo, a través del complejo FED-Tesoro-Wall Street. Independientemente de la dirección del proceso, tal y como lo señaló Marx, la deuda pública se convierte en la palanca más efectiva de la acumulación.

No obstante, la Gran Recesión develó la inviabilidad en el tiempo de la simbiosis sino-estadounidense. Para China reveló la necesidad de evitar la «trampa japonesa» y traducir el ascenso geoeconómico en ascenso geopolítico si no se quería quedar atado a la «trampa del dólar». Para EE.UU. expresó la necesidad de construir un régimen de acumulación a escala global que parta del control de una nueva revolución tecnológica, si no quería ser el espectador privilegiado de la reorientación del centro de la economía política global a Beijing. Si el fracaso de EE.UU. en la Guerra Contra el Terror significó el fortalecimiento de la «tendencia hacia el surgimiento de China como alternativa al liderazgo estadounidense en Asia oriental y más allá» como avizoró Arrighi (2007:222), la muestra magnánima de poder financiero dado durante la Gran Recesión y el Gran Confinamiento significó que la potencia declinante no está condenada a ver con resignación la transferencia de poder tecnológico, económico y militar a China (intentando acomodarse a dicho ascenso como Gran Bretaña ante el propio ascenso estadounidense). Sino que, apalancada en las altas finanzas, ha acogido una virilidad retardadora presionando por la segmentación del mercado mundial, con su respectiva línea de división ideológica entre democracia *versus* autoritarismo.

5. Coda: desacoplamiento, recentramiento y reorientación

En un derroche de audacia político-intelectual, Zbigniew Brzezinski (1998:213) escribió lacónicamente al cierre del milenio que «la democracia es contraria a la movilización imperial». Atribuía a EE.UU., entonces, el reto de pasar de ser la primera superpotencia realmente global a crear «una estructura efectiva de cooperación global» la cual «pasaría gradualmente a ostentar el cetro del actual 'príncipe regente'» (Brzezinski, 1998:217). Con grandilocuencia cerraba: «El éxito geoestratégico de esa causa representaría un legado adecuado de los Estados Unidos en su papel de primera, única y verdadera superpotencia

global» (Brzezinski, 1998: 217). Con el idealismo que caracteriza a la «ideología norteamericana», Brzezinski recobraba el proyecto de ecúmene liberal a escala global que había dejado atrás la doctrina de la contención y la Guerra Fría en 1947 (Anderson, 2013: 158-159). En el transcurso de una década, el péndulo de la Gran Estrategia de EE.UU. no tardó en moverse de nuevo hacia cierto realismo de la dominación para anunciar una «era de divergencia» donde «la competencia internacional entre las grandes potencias ha vuelto» (Kagan, 2008: 12). Pero el idealismo de la ecúmene liberal solo cambiaba de forma, dirigiéndose desde la absorción a la confrontación: «El viejo antagonismo entre liberalismo y autocracia también ha resurgido, y las grandes potencias del mundo se alinean cada vez más de acuerdo con la naturaleza de sus regímenes»⁴⁹.

Detrás de la retórica democrática se aloja la contradictoria relación entre el Estado liberal y el capital que conduce a la ambivalencia entre lo universal y lo particular. Como señaló Perry Anderson (2013:63), la inextricable relación entre Washington y la civilización del capital supera a los confines de su propio Estado-nación. El Estado estadounidense está obligado no solo a crear una patria para el capital, sino un mundo para el capitalismo. Sintetizar riqueza y poder fue la forma de resolver la contradictoria relación entre democracia e imperio posterior a 1947⁵⁰. Pero el fin de la Guerra Fría puso sobre la mesa la necesidad de extender universalmente el reino del capital y la democracia. Sin embargo, los gentilhombres del imperio informal obviaron las profundas transformaciones que estaban operando en el mundo del capital gracias a la financiarización. El resultado concomitante es que «con el ascenso de China (...) la lógica de la gran estrategia norteamericana a largo plazo amenazaba con volverse sobre sí misma» (Anderson, 2013: 160).

Al descender de la esfera de la Gran Estrategia donde la *doxa* estadounidense combina la moralina liberal con el realismo imperial, encontramos que el ascenso de China —el cual colocó en jaque la identidad de EE.UU. como patria definitiva del capitalismo— es resultado de la oscilación secular de la acumulación de capital dentro de una economía-mundo devenida mundial. «Cada vez que se produce un descentramiento, —nos dice Braudel (1986: 92, 94) — tiene lugar un recentramiento, como si una economía-mundo no pudiese vivir sin centro de gravedad (...) Centramiento, descentramiento, recentra-

49 Continúa Kagan (2008: 12-13): «La historia ha vuelto, y las democracias tienen que unirse para darle forma, ya que de lo contrario serán los demás quienes se la den en su lugar».

50 No hay que olvidar que el cálculo de poder básico de la Guerra Fría fue quién controlaba los principales polos industriales del orbe. Véase Anderson (2013: 64).

miento parecen estar ligados, normalmente, a crisis prolongadas de la economía general». Este ángulo espacial en la teoría de Braudel, se complementa con su tesis del capitalismo como una plasticidad ilimitada, coyuntural, que tiende a situarse en las alturas del poder económico y político, y cuya especialización definitiva es «el comercio del dinero», para impugnar el argumento sobre la posibilidad de un *desacoplamiento* sino-estadounidense que no afecte la naturaleza misma del moderno sistema-mundo. Si el éxito obtenido por EE.UU. en la atracción del capital en búsqueda de inversión, primero, y la simbiosis sino-estadounidense en torno a la deuda y la industrialización para la exportación, segundo, permitieron que la crisis de sobreacumulación de 1970 deviniera una Edad Dorada en el Atlántico y el Pacífico, un desacoplamiento brusco entre las grandes potencias puede lanzar al capitalismo por el derrotero del caos sistémico.

Como señaló Arrighi (2007: 174), la segmentación del mercado mundial es siempre el corolario a la intensificación de la competencia interempresarial e interestatal, y el preludio del caos que conlleva una crisis/disputa hegemónica. En la crisis/disputa sino-estadounidense en lugar de detectarse la marcada lucha por el dominio territorial que signó el final del siglo XIX, se manifiesta una intensiva lucha por el dominio de la próxima revolución tecnológica y su concomitante *paradigma tecnoeconómico* (Pérez, 2004), donde sobresalen la transición energética post-fósil y el control de la producción de microchips. En resumen, la descarga de la presión de la competencia sobre las regiones periféricas y las clases subalternas que permitió la expansión financiera no sólo llevó a que la lógica de la Gran Estrategia de EE.UU. se vuelque sobre sí misma, sino que ocasionó un movimiento tectónico de recentramiento del núcleo de la economía-mundo capitalista a Asia oriental que puede, tanto romper con la primacía eurooccidental de los asuntos globales que inició el Descubrimiento y conquista (1492), como originar una *reorientación* en la naturaleza del capitalismo histórico que rompa con la identificación entre capitalismo y Estado que señaló Braudel (1986: 72) donde «la elite del dinero es la que ejerce el poder». No es, pues, el conflicto autoritarismo *versus* democracia el dato definitivo, ni el motor último del cambio social que encara el sistema-mundo.

6. A modo de cierre: cartografías en otra noche polar

Posmodernismo, neoliberalismo y financiarización son los conceptos centrales de la época que va desde el *Watergate* al Asalto al Capitolio, desde la Guerra Yom Kipur a la Invasión rusa de Ucrania, desde el fin del patrón oro-dólar a los *swaps* de liquidez de la Reserva Federal a los principales bancos centrales del mundo en los días más álgidos de la Gran Recesión. Sin embargo, en un

Zeitgeist típicamente posmoderno, los tres procesos aparecen fragmentados e incoherentes en la agenda pública y el debate académico. Antes por el contrario, como ha argüido David Harvey, «la neoliberalización ha significado la financiarización de todo»⁵¹. De la misma forma, la financiarización significó la posmodernización de la cultura global entendida como «deseo de atonalidad»⁵². La financiarización es en definitiva el anclaje de la acumulación del capital —y con ello el fundamento del sistema-mundo— en la era del fin de las ideologías y de la historia, y, sobre todo, de su retorno virulento.

El objetivo que ha guiado esta investigación es construir un mapa cognitivo mínimo para lo que denominamos la *era de la metástasis*, esto es, la era de incertidumbre, crisis y disputa de la hegemonía de EE.UU. sobre el sistema-mundo moderno. La operación de trazar mapas cognitivos consiste en, a nivel teórico, fundamentar la comprensión, interpretación y crítica de los procesos histórico-mundiales que tienen como génesis la turbulenta década de 1970 en un elemento cohesionador, la financiarización. La tesis cardinal seguida es que la financiarización, origen y consecuencia de la contrarrevolución monetarista, desató procesos geopolíticos de tal envergadura que llevaron al moderno sistema interestatal a traspasar el umbral del antagonismo. En lugar de sucumbir al «deseo de atonalidad» y ensalzar la complejidad del mundo como forma de pereza del juicio, o fallecer ante la moda nostálgica que busca sacar la prosa del presente en la poesía del pasado, la tarea crítica *par excellence* es reivindicar a la teoría como forma de la praxis, a la totalidad como criterio para resolver el *impasse* entre conocimiento y representación.

El moderno sistema-mundo se ha enrumbado hacia una crisis/disputa por la hegemonía histórico-mundial entre la potencia en ascenso, China, y la potencia declinante, EE.UU. Ello, en medio de un profundo proceso de recentramiento geográfico, geoeconómico y geopolítico desde el océano Atlántico al océano Pacífico, comparable en dimensión al que llevó al centro del mundo moderno del mar Mediterráneo al océano Atlántico. Además, la particularidad de la *economía de mercado no capitalista* china previo a su incorporación a la economía-mundo capitalista europea devenida global, abre la posibilidad de que el conflicto hegemónico y el recentramiento se conviertan en una *reorien-*

51 Continua Harvey (2007: 40): «Esto intensificó el dominio de las finanzas sobre todas las restantes facetas de la economía, así como sobre el aparato estatal y, tal y como observa Randy Martín, sobre la vida cotidiana».

52 A partir del concepto de «atonalidad» de Badiou, Žižek (2011:36-37) realiza la siguiente radiografía: «La característica básica de nuestro mundo «posmoderno» es que intenta deshacerse de la instancia del Significante-Amo: la «complejidad» del mundo debe ser aseverada de forma incondicional, hay que «deconstruir», dispersar, «diseminar» todo Significante-Amo con el que se pretenda imponer algo de orden».

tación de las formas de acumular riqueza, poder y prestigio que han caracterizado a la vía de desarrollo occidental desde la era de la «Gran Expansión».

En la introducción a su *magnum opus Ensayos sobre sociología de la religión*, Max Weber obligaba a pensar en términos de «solo en Occidente» la aparición de fenómenos culturales con validez universal. El mapa cognitivo occidentalocéntrico del que partía Weber para pensar las circunstancias que llevaron al mundo conducido por la «moderna civilización occidental» hacia una «dirección evolutiva de alcance y validez universal» se ha roto para siempre ante los efectos del capitalismo, el fenómeno que él mismo denominó «el poder que determina el destino de nuestra vida moderna» (Weber, 1987: 14). En adelante, si hoy la «moderna civilización occidental» devenida global tiene ante sí un momento análogo a aquel que Weber (1987a:125) en su espléndida conferencia de 1918 catalogó como «una noche polar de helada oscuridad y dureza», es posible que antes que dicha noche se disipe y obtengamos el veredicto de la disputa entre la dominación explotadora o la transición hegemónica, el mundo sucumba al caos y el irracionalismo que inverna en la dialéctica entre capitalismo, militarismo y occidentalismo. Pero como nos advirtió Wallerstein, «una situación caótica es la más sensible a la deliberada intervención humana» (1996:47). Allí donde surgen los síntomas mórbidos gramscianos, también surgen la dialéctica entre peligro y salvación de Hölderlin.

Referencias

- Anderson, P. (2008). Apuntes sobre la coyuntura. *New Left Review*, 48, pp. 5-35.
- Anderson, P. (2013). *Imperium et Consilium: La política exterior norteamericana y sus teóricos*. Madrid: Akal.
- Anderson, P. (2016). *Los orígenes de la posmodernidad*. Madrid: Akal.
- Arrighi, G. (1999). *El largo siglo XX: dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid: Akal.
- Arrighi, G. (2007). *Adam Smith en Pekín: orígenes y fundamentos del siglo XXI*. Madrid: Akal.
- Banco Mundial. (s/f). *Datos de libre acceso del Banco Mundial*. <https://datos.bancomundial.org/>
- Braudel, F. (1986). *La dinámica del capitalismo*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Brzezinski, Z. (1998). *El gran tablero mundial: La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Paidós: Barcelona.
- Calleo, D. (1987). *Beyond American Hegemony: The Future of the Western Alliance*. Nueva York: Basic Books.
- Ferguson, N. (2021). *Desastre: Historia y política de las catástrofes*. Bogotá: Debate.
- Fondo Monetario Internacional (FMI), *IMF DataMapper*. <https://www.imf.org/external/datamapper/datasets>
- Gilpin, R. (2003). *El reto del capitalismo global: La economía mundial en el siglo XXI*, Madrid: Turner.
- Harvey, D. (1990). *Los límites del capitalismo y la teoría marxista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad: Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harvey, D. (2007). *Breve historial del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hobsbawm, E. (2011). *Historia del siglo XX: 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- Jameson, F. (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona: Paidós.
- Jameson, F. (2020, 25 de junio). Mapeo cognitivo. *Mañana*. <https://www.xn--maana-pta.pe/post/mapeo-cognitivo>
- Kagan, R. (2008). *El retorno de la historia y el fin de los sueños*. Madrid: Taurus.
- Kennedy, P. (2004). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona: Debolsillo.
- Lukács, G. (1969). *Historia y consciencia de clase*. México: Grijalbo.
- Marx, K. (1975). *El capital: Crítica a la economía política. Tomo I: El proceso de producción del capital*, México, Siglo XXI.

- Mazzucato, M. (2019). *El valor de las cosas: quién produce y quién gana en la economía global*. Bogotá: Taurus.
- Mearsheimer, J. J. (2001). *The Tragedy of Great Power Politics*. New York: W. W. Norton & Company.
- Meltzer, A. H. (2005). Origins of the Great Inflation. *Federal Reserve Bank of St. Louis Review*, 87 (2), pp. 145-175. <https://files.stlouisfed.org/files/htdocs/publications/review/05/03/part2/Meltzer.pdf>
- Panitch L. y Gindin, S. (2015). *La construcción del capitalismo global: la economía política del imperialismo estadounidense*. Madrid: Akal.
- Pérez, C. (2004). *Revoluciones tecnológicas y capital financiero: La dinámica de las grandes burbujas financieras y las épocas de bonanza*. México. Siglo XXI.
- Reinhart, C. y Rogoff, K. (2011). *Esta vez es distinto: Ocho siglos de necedad financiera*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Summers, L. H. (2004, 23 de marzo). *The United States and the Global Adjustment Process*. Discurso Stavros S. Niarchos Lecture Institute, Washington. Disponible en: <https://www.piie.com/events/united-states-and-global-adjustment-process>
- Tooze, A. (2019). *Crash: cómo una década de crisis financiera ha cambiado el mundo*. Barcelona: Crítica.
- U.S. Department of Defense. (2022). *National Defense Strategy*. <https://media.defense.gov/2022/Oct/27/2003103845/-1/-1/1/2022-NATIONAL-DEFENSE-STRATEGY-NPR-MDR.PDF>
- U.S. Department of the Treasury. (s/f). Portfolio Holdings of U.S. and Foreign Securities. <https://www.treasury.gov/resource-center/data-chart-center/tic/Pages/ticsec2.aspx>
- Wallerstein, I. (1996). *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2005). *La decadencia del poder estadounidense: Estados Unidos en un mundo caótico*. México: Era.
- Wallerstein, I. (2011). *El moderno sistema-mundo. Vol. II: El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*. 2da edición. México: Siglo XXI.
- Wallerstein, I. (2011a). *El moderno sistema mundial. Vol. 1: La Agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XV*. 2da Edición. México: Siglo XXI.
- Wang Yi, (2022, 24 de septiembre). Hacer todo esfuerzo por la paz y el desarrollo y asumir la responsabilidad por la solidaridad y el progreso. Discurso en el Debate General del 77° Período de Sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas. https://www.fmprc.gov.cn/esp/zxxx/202209/t20220925_10771139.html
- Weber, M. (1942). *Historia económica general*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (1964). *Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*. Edición de J. Winckelmann. México: Fondo de Cultura Económica.

Malfred Gerig

Weber, M. (1987). *Ensayos sobre sociología de la religión I*. Madrid: Taurus.

Weber, M. (1987a). *El político y el científico*. Madrid: Alianza.

Yergin, D. y Stanislaw, J. (1999). *Pioneros y líderes de la globalización*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor.

Žižek, S. (2011). *En defensa de causas perdidas*. Madrid: Akal.